

Domingo de Pentecostés C2025

Hoy celebramos la fiesta de Pentecostés. En la tradición judía, esta fiesta se celebraba cincuenta días después de la Pascua. Si la Pascua era la conmemoración de la liberación de Egipto, Pentecostés era la celebración de la entrega de la Ley a Moisés en el Monte Sinaí. En el imaginario popular, la entrega de la ley se consideraba el fundamento jurídico de Israel como nación bajo la guía de Dios.

Al presentar en los Hechos de los Apóstoles la fiesta de Pentecostés cincuenta días después de la Pascua, San Lucas quiere decirnos que no es la Ley de Moisés el fundamento de la comunidad cristiana, sino la nueva ley que el Espíritu de Cristo ha traído.

Desde esta perspectiva debemos entender las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy cuando dice: «El Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto yo les he dicho».

El Espíritu Santo infundió valor a los discípulos cuando temieron a los judíos que condenaban a nuestro Señor en nombre de la Ley judía. Fortalecidos por el Espíritu Santo, salieron y dieron testimonio del Señor. Comprendieron que tenían un defensor mayor que la Ley Judía. Hablaron de nuestro Señor y traspasaron las barreras erigidas por la Ley Judía.

Este hecho es visible en la descripción del milagro de la transformación que ocurrió con los apóstoles. Si bien la ley judía prohibía a cualquier judío tener relación con un pagano o un extranjero, una vez investidos del Espíritu Santo, los discípulos acogieron a todos los pueblos del mundo conocido de su tiempo: los habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y Libia, Cirene y Roma. Se dirigieron a estos pueblos en sus propios idiomas y les proclamaron el mensaje de salvación, según las palabras que el Espíritu les dio.

Así, una de las funciones del Espíritu Santo es unir a la gente más allá de sus diferencias. Creo que donde la gente se atrinchera en conflictos y luchan entre sí por ser diferentes, es un señal que el Espíritu de nuestro Señor esté ausente. El Espíritu busca unir a la gente, no dividirlos. Esto es verdad por una comunidad parroquial, una familia y un grupo de personas.

El Espíritu Santo hace de la Iglesia un solo cuerpo a pesar de la diversidad de pueblos que la componen. Por lo tanto, la Iglesia es universal en su fundamento. Está abierta al mundo entero, representado por las diferentes nacionalidades y pueblos reunidos alrededor de la palabra de nuestro Señor. Prestar atención a la universalidad de la Iglesia es aceptar los dones que el Espíritu Santo concede a las personas para edificarla y enriquecerla.

El Espíritu Santo nos ayuda a combatir el pecado y a resistir cualquier ocasión que nos lleve al pecado. Si escuchamos al Espíritu Santo y practicamos lo que él nos pide, recibiremos la vida eterna. Por eso dice San Pablo: «Si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, entonces el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes».

Es cierto que nuestro cuerpo va a morir. Sin embargo, aunque estemos muertos físicamente, gracias al Espíritu que mora en nosotros, recibiremos vida de nuevo, tal como le sucedió a nuestro Señor.

La fiesta de Pentecostés nos recuerda que es el Espíritu Santo quien nos da la valentía de llamar a Dios: "¡Abba, Padre!". Al dejar el Espíritu morar en nosotros, nos convertimos en hijos adoptivos de Dios y herederos de Jesús. Los méritos de Cristo y su gloria se hacen nuestros. Su herencia se convierte en nuestra herencia, su Padre se convierte en nuestro padre. Al compartir su sufrimiento y muerte, también compartiremos su gloria. Porque compartimos la misma suerte con nuestro Señor, cuando el Padre nos mira, reconoce en nosotros a su Hijo amado, Jesús.

La celebración de Pentecostés nos recuerda también que es el Espíritu quien nos guía al conocimiento de toda la verdad sobre Dios y nuestra salvación. Es el Espíritu quien nos mantiene fieles al amor de Dios y al prójimo. «Quien no tiene el Espíritu de Cristo no es de él», dice san Pablo. Por consiguiente, debemos anhelar no solo poseer el Espíritu de Cristo, sino también ser dóciles a sus impulsos.

Esto requiere una renovación constante de nuestras vidas para no ceder a las exigencias de la carne. También requiere que guardemos los mandamientos de Dios y los pongamos en práctica. Cuanto más los guardemos, más mora en nosotros el amor de nuestro Señor y, al mismo tiempo, demostramos que lo amamos. No hay amor a nuestro Señor sin guardar su palabra y sus mandamientos.

A su vez, el Padre nos amará, porque amamos a su Hijo. Porque amamos al Padre y al Hijo guardando los mandamientos, estos vendrán a nosotros y morarán en nosotros. Con el Padre y el Hijo morando en nosotros, nos convertimos en templo de la presencia de Dios y testigos del Espíritu Santo.

Que el Espíritu Santo infunda en toda la Iglesia y nos guíe siempre. Que tome las riendas de nuestras vidas y nos dé la valentía para cambiarlas. Que Pentecostés acontezca en el corazón de cada uno de los que buscan a Dios con sinceridad. Amen.

Hechos 2: 1-11; Romanos 8: 8-17; Juan 14: 15-16, 23b-26



Fecha de la Homilía: el 8 de Junio, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250608homilia.pd